

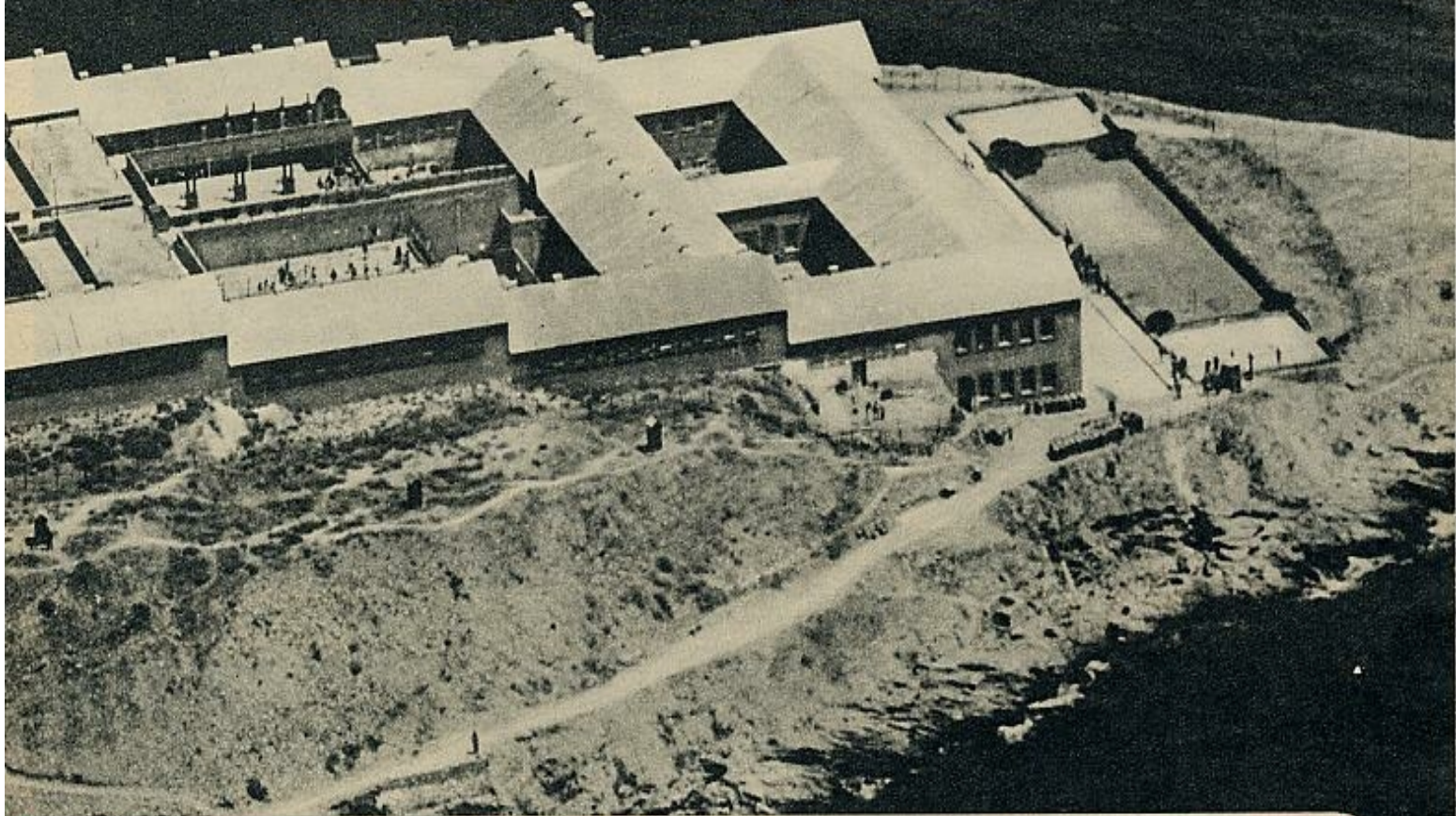


El reportero Fred Iht voló desde Beirut a Jaros y de allí a Atenas e Italia, sin paradas. Desde el aire obtuvo su sensacional reportaje de la isla-prisión griega.

El mejor reportaje del año

JAROS

LA ISLA-PRISION



POCOS días antes de que el rey Constantino saliera de Atenas, después de que fracasara su intentona contra la Junta Militar actualmente gobernante, un fotógrafo alemán, Fred Ibrt, fue enviado por la revista «Stern», a bordo de una avioneta, para fotografiar desde el aire —la única manera posible de hacerlo— la prisión de la isla de Jaros, principal lugar de concentración de los detenidos políticos griegos. Fred Ibrt logró cumplimentar la misión que se le había confiado, desafiando las ametralladoras que apuntaban al pequeño aparato en que volaba. La avioneta salió de Beirut, sobrevoló Jaros, pasó sobre Atenas y fue a aterrizar a Italia.

El reportaje gráfico de Fred Ibrt causó sensación en los medios periodísticos europeos cuando apareció en «Stern». Ahora, presentado en la exposición internacional de fotografías de prensa que se celebra, como todos los años, en el Palacio de los Congresos, de La Haya, ha conseguido el Primer Premio en la especialidad histórica. A continuación lo ofrecemos a nuestros lectores.



Fred Ibrt junto a la avioneta que utilizó. Arriba, la prisión de Jaros. La isla tiene sólo diecisiete kilómetros cuadrados y está a 100 kilómetros de Atenas.

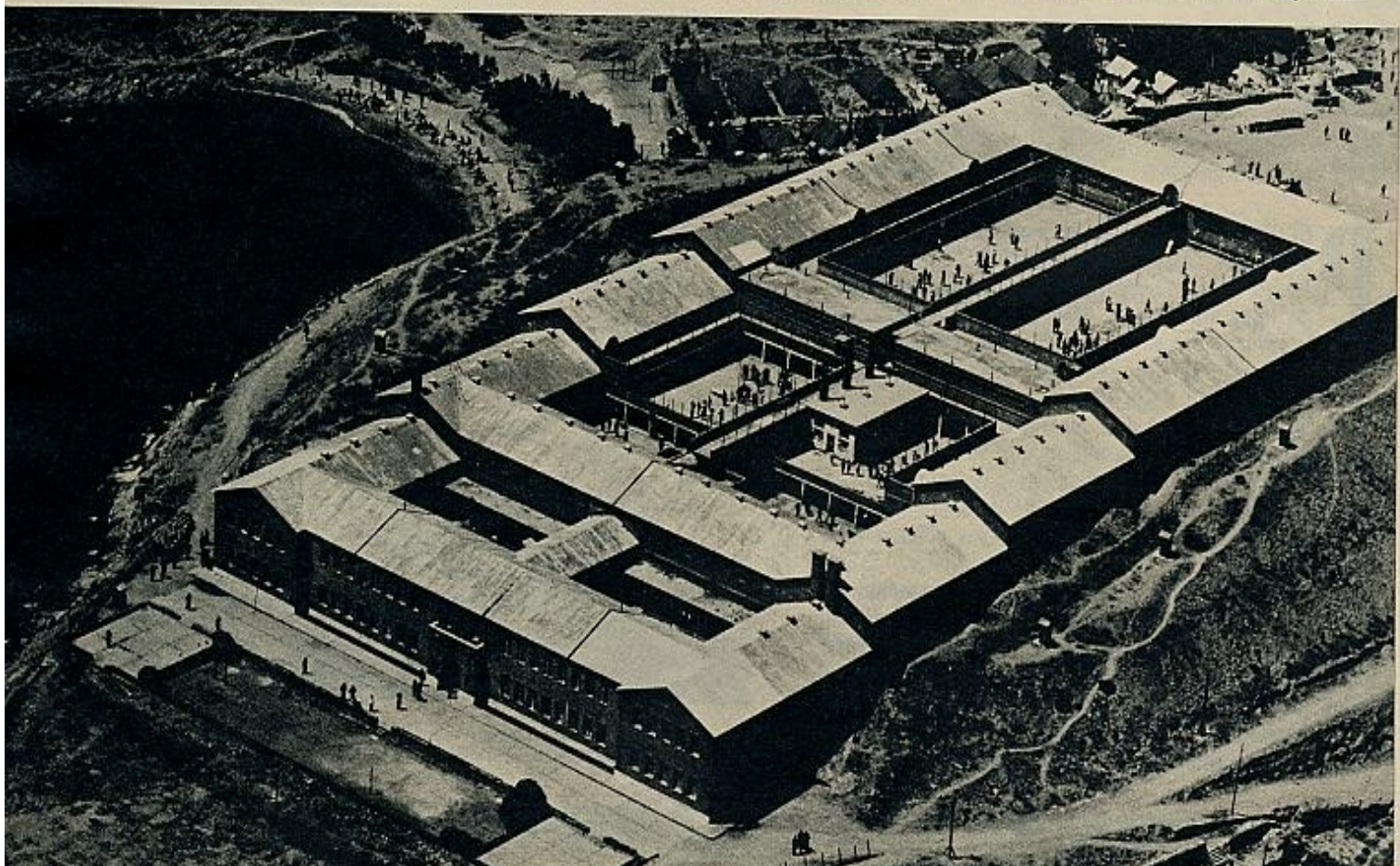
CUANDO nos preparábamos con nuestro "Piper" monomotor para volar sobre Jaros, la isla de los condenados, sabíamos que en unos minutos íbamos a poner nuestra vida en peligro. Jaros es terreno prohibido. "Prohibido acercarse a la isla o sobrevolarla. Se disparará sin previo aviso sobre cualquier objeto sospechoso". Jaros aparece en la lejanía, entre una ligera neblina, a una veintena de kilómetros. Mi piloto baja mucho para salir de la zona de radar. Volamos a una altura de veinticinco metros sobre el nivel del mar, a una velocidad de doscientos sesenta kilómetros hora. Son las nueve

cincuenta de la mañana. Cinco cámaras listas para ser utilizadas están colocadas a mi lado. Nos sujetamos los cinturones de seguridad. Desportillo una ventana, por la que entra un fuerte viento que me golpea la cara. Hay espacio libre para mis cámaras y para los cuatrocientos policías que vigilan el campo de concentración con pesadas ametralladoras.

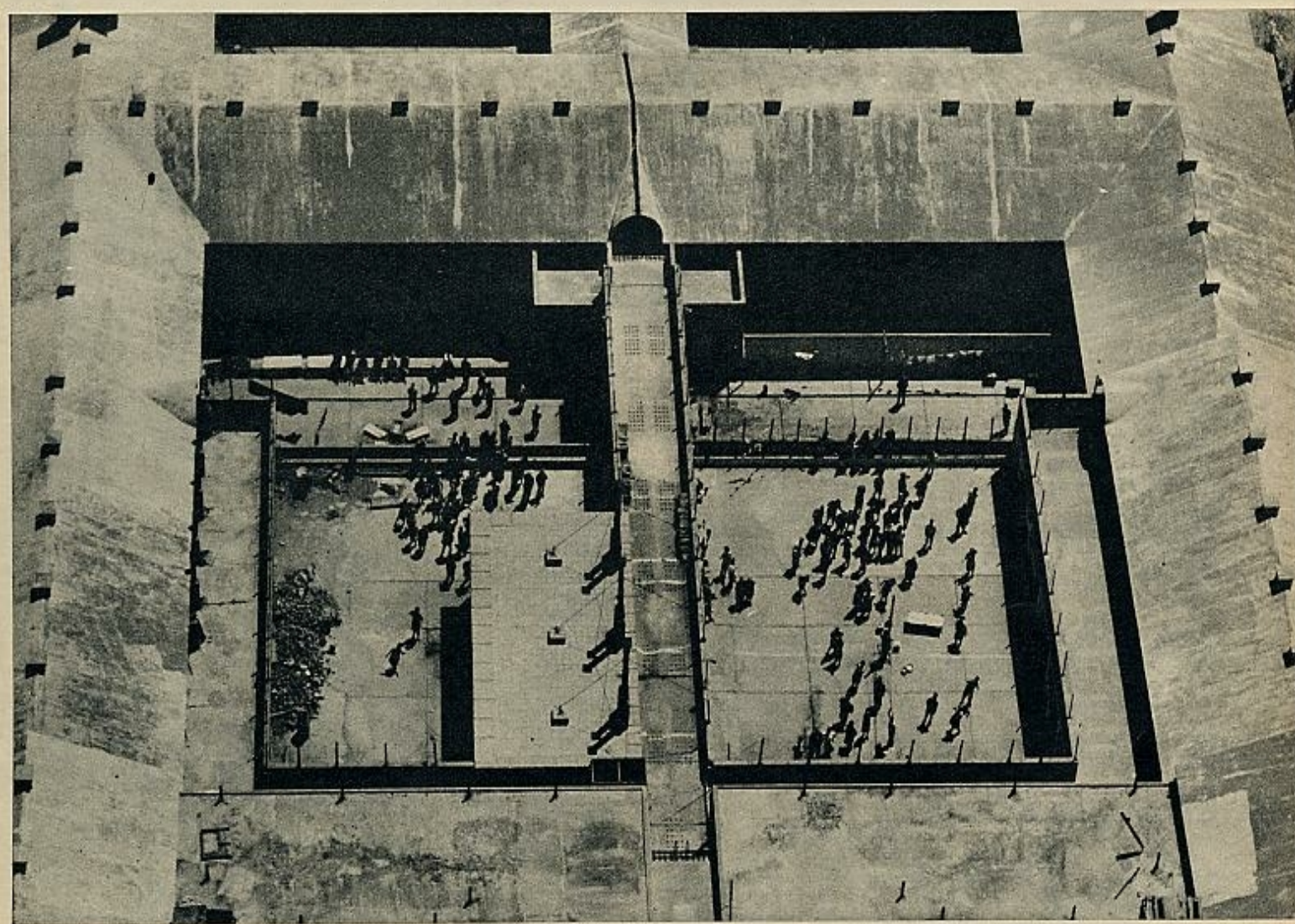
Jaros, llamada también la isla del diablo, tiene diecisiete kilómetros cuadrados. Situada frente a la costa de Atica, está sólo a cien kilómetros



La isla de Jaros alberga a unos seis o siete mil prisioneros, según la «Amnesty International». En la foto inferior, una visión de conjunto del campamento.



JAROS



SIGUE



El clima de la isla de Jaros es insoportable y caluroso. Los presos de buena conducta están autorizados a bañarse en el vecino mar, aunque bajo fuerte vigilancia. Abajo, un detenido en los días de abril cuando los coroneles se adueñaron del poder en un golpe relámpago. La mayoría de ellos fueron llevados a Jaros.

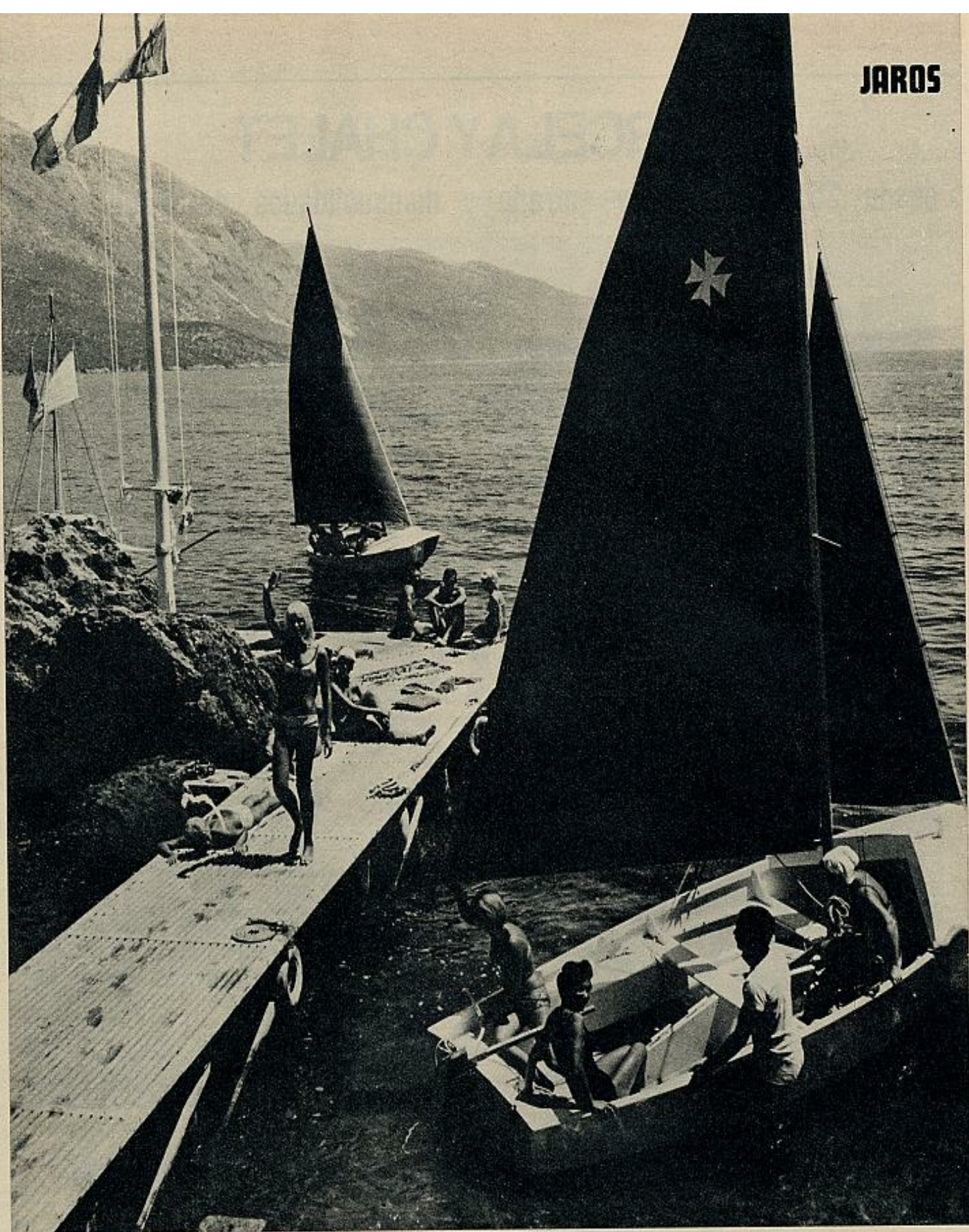
de Atenas por vía aérea. Desde el golpe de Estado del 21 de abril, ha sido utilizada como campo de concentración, y se calcula que en ella se encuentran unos seis mil prisioneros. Tiene una larga tradición como cárcel, ya que los césares romanos condenaban a los ciudadanos molestos a terminar sus días en este islote. De 1946 a 1950, sus pobladores fueron diez mil resistentes, que en régimen de trabajo forzado construyeron la actual cárcel. En 1962, la isla fue abandonada, debido a que los gastos de mantenimiento resultaban demasiado elevados. Al ser rehabilitada a raíz del golpe militar de abril último, las condiciones eran desastrosas: faltaban comida, medicamentos y canalización. Faltaban médicos. Después, la isla fue visitada por una representación de la Cruz Roja, y en el mes de junio, las condiciones comenzaron a mejorar.

Son las nueve y cincuenta y dos. Creo que sólo estamos a cinco o seis metros sobre el nivel del mar. El piloto grita: "Atención". El avión sube verticalmente hasta unos doscientos cincuenta metros, directamente contra el sol. El piloto sonríe y me mira: "Así sólo nos verán en el último momento, ya que tienen el sol en los ojos". Estamos a unos dos kilómetros del campamento. Nos acercamos al edificio principal, con sus patios. La plaza situada frente al mayor de los edificios, que parece ser el de la administración, está completamente desierta. Pero entre los altos muros de los patios se distinguen pequeños puntos negros, los prisioneros. El piloto vuelve a bajar en picado hasta unos treinta metros, y la prisión se va agrandando ante nuestros ojos hasta ocupar gran parte de nuestro campo visual. El motor de mi cámara está conectado, y tomo en doce segundos las primeras treinta y seis fotos. Delante de la falda de la montaña el piloto hace que el "Piper" ascienda de nuevo verticalmente. La cámara me pesa como si fuera de plomo. Intento coger otra más ligera, pero no lo consigo. Una increíble presión me aplasta contra el asiento.

Los puntos negros van tomando forma. Se trata de gentes cuyos nombres y apellidos averiguaré más tarde: Tomás Karatzias, treinta y seis años, campesino, dos años por insultar al Rey; Christos Lazos, veinte años, sastre, dos años por insultos al gobierno; Petros Tsipias, diecinueve años, estudiante, tres años por insultar al Rey; Apostolos Mellissas, treinta y ocho años, campesino, tres años por haber declarado: "He nacido demócrata"; Emmanouil Alratzis, veinticuatro años, sacerdote, cuatro años por insultar al heredero del trono, de dos meses de edad; Joannos Papalazarou, treinta y seis años, sacerdote, dos años por insultar a la autoridad; Demetrios Tycheros, cuarenta y siete años, subdirector del Banco Agrario de Kiljis, once meses por haber dudado de las aptitudes del ministro de Coordinación, Makarezos...

Son las nueve cincuenta y cinco. Volvemos a acercarnos. El piloto bordea la costa, manteniendo el avión a unos cien metros de altura. Fotografío con mis teleobjetivos. La plaza situada frente al edificio que suponemos de la administración, aún vacía hace un momento, se ha llenado de gente. Repen-





No muy lejos de Jaros los turistas de la Europa rica disfrutaban del mar. Las protestas de algunas cancillerías se han hecho débiles. La dictadura se afianza en Grecia.

tinamente. Varios grupos de gendarmes se reúnen. Todos miran hacia arriba. También en los patios de la prisión parece renacer súbitamente la vida. Los prisioneros empiezan a hacernos señas agitando trozos de tela. Sin duda, han adivinado que el avión viene del extranjero. El piloto enfila el avión en ángulo forzado hacia la izquierda, y de repente aparece bajo nosotros una alta torre de vigilancia. Es la tercera pasada de nuestro avión. ¿Dispararán ahora? Los guardias son perfectamente reconocibles. Intentan descifrar los distintivos de nuestro avión, aplastando sus prismáticos contra sus ojos, pero no logran hacerlo, dada nuestra forzada posición oblicua en el aire. Numerosas personas abandonan las tiendas. Muchas saludan. Ya estamos otra vez sobre el edificio principal. Bajo nosotros, en una cala, veo prisioneros que se bañan. La cala desaparece de mi vista. El motor de mi cámara comienza a funcionar, y por el objetivo veo, por primera vez, mujeres.

Hay en Jaros, doscientas treinta y cinco mujeres. Entre ellas, veintuna madres con sus hijos, en edades de entre un mes y tres años. La mayoría de ellas se encuentran en calabozos con muros de piedra. Se trata, en realidad, de lugares reservados para "los altamente peligrosos". Casi todos los prisioneros alojados en este sector están enfermos. El agua, traída desde el Pireo en barcos-cisterna, es un caldo templado e infecto. No hay w. c. ni desagües.

Preferimos no arriesgarnos más. Sobrevolar por cuarta vez una torre de vigilancia podría resultar peligroso. Son las diez. Hacemos rápidamente los cien kilómetros que nos separan de Atenas, dejando la capital griega a nuestra izquierda y, sin parar, continuamos rumbo a Italia...

(Stern - Radial Press)

FIN